

Contextos explicativos del homicidio en la adolescencia en México.

Guillermo Julián González Pérez.

Cita:

Guillermo Julián González Pérez (2007). *Contextos explicativos del homicidio en la adolescencia en México. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1563>

CONTEXTOS EXPLICATIVOS DEL HOMICIDIO EN LA ADOLESCENCIA EN MEXICO

Autores: Guillermo Julián González Pérez y María Guadalupe Vega López
Centro de Estudios en Salud, Población y Desarrollo Humano, Departamento de Ciencias Sociales, CUCS, Universidad de Guadalajara, México.

ggonzal@cencar.udg.mx

Resumen:

Este estudio analiza el comportamiento de la tasa de homicidios en la adolescencia (10-19 años) en México entre 1979 y 2005 y sus variaciones socioespaciales para el bienio 2004-2005. La información sobre homicidios se obtuvo de las bases de datos de mortalidad, disponibles a través del Sistema Nacional de Información en Salud; se realizó un análisis multivariado para identificar las variables socioeconómicas que mejor explican las variaciones interestatales en la tasa. Los resultados indican que la tasa de homicidios en los grupos 10-14 y 15-19 ha disminuido sustancialmente, pero aún es superior a la que presentan muchos países industrializados. El descenso ha sido mayor en el género masculino que en el femenino, y algo más del 50% de los homicidios en estas edades son cometidos con armas de fuego. Mientras que el narcotráfico tiene un mayor peso explicativo en las variaciones interestatales de la tasa de homicidios entre los 15-19 años, en el grupo de 10-14 el mayor peso lo tiene la deserción escolar, en lo referido a homicidios por arma de fuego. Así, las estrategias para reducir las tasas de homicidio en estos grupos de edades deben –para ser eficaces– tomar en cuenta el contexto socioeconómico de cada región.

Si bien el presente estudio puede tener algunas limitaciones relacionadas con el posible registro incompleto de los homicidios a nivel nacional y estatal, no existen evidencias sólidas que puedan sugerir que este subregistro afecte sustancialmente el análisis en el tiempo o las variaciones interestatales de la tasa de homicidios en la adolescencia. De igual modo, la carencia de información sobre variables socioeconómicas y demográficas a nivel

estatal pudiera limitar los resultados del análisis de regresión múltiple. No obstante a ello, los resultados obtenidos parecen permitir un acercamiento objetivo a los escenarios del homicidio en la adolescencia en México en las últimas décadas.

En tal sentido, aunque las tasas de homicidio en la adolescencia han tenido un prometedor descenso durante el decenio de los 90's y comienzos del siglo XXI, las cifras presentadas en el año 2005 aún son inaceptablemente elevadas en el contexto internacional.

Si bien la tasa observada en el grupo de edades 10-14 en el año 2005 (1.84 por 100,000) es claramente menor a la observada en Brasil en 2002 (3.3 por 100,000), es todavía ligeramente superior a la presentada por Estados Unidos en 1998 (1.5 por 100,000), y mucho mayor que las exhibidas por Puerto Rico en 2002 (0.98), Australia en 1995 (0.8), Inglaterra y Gales entre 1998-2002 (0.3) o Finlandia en 1997 (0.3). Estas últimas cifras indican hasta donde se podría reducir la mortalidad por homicidios en este grupo de edad, pues la tasa de México sextuplica las de Inglaterra o Finlandia.

En el grupo de edades 15 a 19, la situación es similar: no obstante que la tasa observada en el año 2005 (7.8 por 100,000) es cinco veces menor que la que presenta Brasil en 2002 (42.9), casi cuatro veces menor que la que exhibida por Puerto Rico en 2002 (27.2), e incluso ligeramente inferior a la tasa de Estados Unidos en 2001 (9.0), cuando se compara con las cifras de Australia en 1995 (1.6 por 100,000), Inglaterra y Gales entre 1998-2002 (1.8) o Finlandia en 1997 (1.0), la desventaja es evidente.

Así, al comparar las tasas de homicidio en la adolescencia en el ámbito internacional se pone de manifiesto que si bien los países industrializados –quizá con la excepción de los Estados Unidos- han reportado tasas de homicidio relativamente bajas en años recientes, en Latinoamérica la mortalidad por esta causa ha alcanzado niveles sumamente elevados desde los años 80's, lo cual es particularmente notorio en Brasil y, aunque en menor medida, también en Colombia y México.

Aunque en México -a diferencia de otros países, como Brasil y Estados Unidos - el porcentaje de víctimas de homicidios cuyas edades oscilaban entre los 10 y los 19 años se ha mantenido relativamente estable durante los cinco lustros analizados (oscilando entre el 10% y el 12%), en lo referente a la mortalidad adolescente el peso proporcional de los homicidios ha crecido levemente con relación a los años 80's, observándose en fechas recientes que alrededor de la octava parte de las defunciones de adolescentes mayores (15-19 años) son debidas a esta causa.

Por otro lado, aunque el papel que desempeñan los homicidios por arma de fuego parece disminuir y es en la actualidad sustancialmente menor al observado en Estados Unidos y

Puerto Rico, el hecho de que alrededor de la mitad de los homicidios de adolescentes entre 15 y 19 años se produzca por esta vía pone de manifiesto los niveles de violencia existentes y sobre todo, la accesibilidad a este tipo de armas que poseen los jóvenes.

El importante peso de los homicidios entre los 10 y los 19 años – situación compartida por otros países latinoamericanos, como Brasil, Colombia y Puerto Rico, entre otros - revela la vulnerabilidad social de la adolescencia en América Latina. En un medio caracterizado por un aumento sustancial de la pobreza y el acrecentamiento de las distancias existentes entre los grupos sociales, la violencia social crece, incrementándose tanto la probabilidad de los jóvenes de estar expuestos a hechos delictivos como la de verse involucrados, ellos mismos, en la comisión de un delito. Como señalan algunos autores, si bien la pobreza no es la causa directa del crimen, ésta se relaciona con el nivel de violencia en la adolescencia, tanto por la experiencia cotidiana de estrés y conflicto como por las actitudes de apoyo a la violencia frente a la desesperanza que supone el estar excluido o marginado.

Junto a la carencia de oportunidades reales de movilidad social para los adolescentes mayores –dificultad para obtener empleos, carencia de plazas suficientes en la educación superior, deserción escolar temprana para ayudar a la economía doméstica en empleos informales, entre otras-, la profundización de la pobreza debilita los lazos sociales y el control normativo familiar-comunitario, con la consiguiente desintegración de las redes sociales básicas y el consecuente incremento de diferentes actividades delictivas (como el “narcomenudeo”, los robos, la compra-venta de armas de fuego y la integración en pandillas, entre otras) en edades más tempranas. En un medio donde la violencia puede ser considerada por muchos como una vía de ascenso social, el adolescente es, entonces, posible víctima pero en muchos casos, también victimario: en América Latina, como en muchos otras regiones del mundo, los homicidios son perpetrados mayoritariamente por hombres jóvenes.

Aunado a lo anterior, se observa una clara sobremortalidad masculina por homicidios, sobre todo entre los jóvenes entre 15 y 19 años. En una sociedad como la mexicana, esencialmente machista, el ejercicio de la masculinidad lleva implícito un elemento clave, el poder: ser hombre significa tener y ejercer poder. El poder asociado a la masculinidad – tal y como se aprende tradicionalmente desde la infancia en nuestras sociedades- exige poseer características tales como ser ganador, mandar, alcanzar las metas propuestas y ser un tipo “duro”. Los niños aprenden desde pequeños que la violencia no solo es una forma aceptable de resolver conflictos, sino que es una forma admirada de hacerlo, y ya jóvenes, se exponen a un proceso continuo de prueba donde deben demostrar estos atributos

socialmente impuestos, aun a riesgo de su propia integridad física y mental. Esto ayuda a entender, en buena medida, la mayor participación de ciertos sectores de jóvenes en actividades delictivas altamente riesgosas (como las ya mencionadas previamente) en donde se involucran en negocios que tienen que ser resueltos al margen de la ley (como el narcotráfico), lo que pone en juego su vida.

A su vez, el nulo descenso observado en la tasa de homicidios femenina en el grupo de 15 a 19 años entre 1979 y 2000, y su lenta reducción de la tasa en años recientes (mucho menor que la registrada entre los adolescentes masculinos), sin dudas llama la atención; es evidente que el proceso de socialización de hombres y mujeres en la adolescencia es diferente en la sociedad mexicana, y diversos autores han apuntado el hecho de que los homicidios en las adolescentes y jóvenes tienen contextos y causas distintos a los de los hombres.

En tal sentido, la literatura señala que muchas de las adolescentes asesinadas son víctimas de sus parejas o de algún conocido en su entorno familiar o social.. Sin embargo, parecería que debe hacerse una distinción entre aquellas víctimas adolescentes más jóvenes –probablemente con mayor oportunidad de ser objeto de una agresión de tipo sexual, cuyo victimario sería una persona conocida de su ambiente familiar o social- y las mayores de 14 años, más involucradas en situaciones de riesgo –como el consumo de alcohol o drogas, la deserción escolar, la huida del hogar o el establecimiento de una relación con hombres mayores con antecedentes criminales, por ejemplo, aunque no exentas de una posible agresión sexual-; estas condiciones se agravan entre la población de menos recursos, ante la imposibilidad del entramado social de proteger a estas adolescentes y la ineficacia gubernamental para garantizar una adecuada convivencia social.

En este contexto vale la pena señalar que los resultados del estudio apuntan a que entre las adolescentes víctimas de homicidio, el homicidio por arma de fuego es mucho menos común que entre los jóvenes, evidenciándose así una sobremortalidad masculina mucho más marcada que cuando se analizan los homicidios en general. El uso de armas de fuego debe ser abordado, entonces, desde una perspectiva de género.

Por otra parte, el análisis de las variaciones interestatales de la tasa de homicidios brinda la oportunidad, desde una perspectiva ecológica – a partir de datos agregados a nivel estatal- de comprender más apropiadamente las características del entorno socioeconómico y

demográfico que pueden favorecer la existencia de diferentes tasas de homicidio en la adolescencia en los estados del país.

Aunque no fue posible construir un modelo que explicara adecuadamente las diferencias interestatales en la tasa de homicidios en el grupo de 10 a 14 años, el hecho de identificar la asociación significativa entre deserción escolar y tasas de homicidio por armas de fuego pone de relieve el importante papel de la educación en estas edades y su trascendencia para explicar contextualmente la violencia entre los adolescentes más jóvenes: los altos índices de deserción escolar en secundaria –que en Guerrero y Michoacán, por ejemplo, alcanzan cifras superiores al 30%- reflejan el fracaso del sistema educativo, y sus causas –presiones del entorno social y económico, problemas familiares, entre otras- ponen de manifiesto la carencia de redes de apoyo social y de condiciones de vida adecuadas para los jóvenes, creándose escenarios favorables para la ocurrencia de hechos delictivos. A nivel individual, la pobre trayectoria académica y en particular la deserción escolar han sido identificados como factores de riesgo de la violencia en la adolescencia

Las variaciones de las tasas de homicidio en el grupo de 15-19 años, por su parte, parecen explicarse sustancialmente a partir de variables que nos refieren al contexto urbano, la desintegración familiar y al narcotráfico, observándose que un entorno predominantemente pobre y socialmente marginado, con un alto porcentaje de hogares monoparentales y con una notoria actividad de los cárteles de la droga – como son los casos de Guerrero y Oaxaca, por ejemplo-, favorece la existencia de altas tasas de homicidio, y a la inversa.

Ahora bien, en lo concerniente a los adolescentes mayores es el narcotráfico el que tiene un mayor peso contextual para explicar las variaciones de la tasa. Esto ayuda a entender por qué en los estados del norte del país –principalmente Chihuahua y Baja California- se registran altas tasas de homicidio en la adolescencia; en estas entidades existen importantes conglomerados urbanos fronterizos (Ciudad Juárez, Tijuana) donde el crimen organizado relacionado al tráfico de drogas desempeña un papel sustancial (el “cártel de Juárez”, el de los “Arellano Félix”) (Binns, 2003; Astorga, 1999), lo que se traduce en un alto grado de violencia social –que involucra a los jóvenes-, y por tanto, en tasas elevadas de homicidios en la adolescencia, sobre todo entre los 15-19 años. Igualmente, ayuda a comprender las altas tasas de homicidios cometidos con armas de fuego en el Distrito Federal, entidad en la que, además la quinta parte de los hogares son monoparentales.

Varios autores han documentado la relación entre pobreza y violencia a partir de datos agregados; los autores generalmente coinciden en afirmar que las zonas que experimentan un alto grado de privación socioeconómica encaran dificultades extremas para cubrir las

necesidades básicas de la población, facilitar su movilidad social, y sostener instituciones sociales sólidas, lo cual hace que disminuya el nivel de cohesión social y la capacidad de la comunidad para socializar a sus miembros en conductas apegadas a la ley.

Ahora bien, los hallazgos de este estudio revelan que junto a la pobreza, un contexto de alta actividad criminal relacionada con el narcotráfico –generalmente favorecido por las carencias estructurales existentes en cada estado- juega un papel clave (y muchas veces sinérgico al combinarse con la pobreza) para entender el comportamiento geográfico del homicidio en adolescentes en diversas regiones de México.

Los elementos discutidos hasta aquí ponen de manifiesto que si bien existe en años recientes una esperanzadora tendencia a la reducción de la tasa de homicidios en la adolescencia en México – a pesar del repunte observado en el año 2005-, la misma continua siendo elevada y provocando cientos de muertes evitables entre los 10 y 19 años.

Dado el escenario de violencia estructural que vive el país –altos índices de criminalidad, narcotráfico, pobreza, desempleo, dificultad de acceso a espacios educativos en el nivel superior-, el cual impacta con rudeza en los adolescentes, es indudable que para lograr un descenso marcado de las tasas de homicidio en estas edades parece necesaria la implementación de políticas públicas dirigidas tanto a revertir las condiciones de pobreza estructural en que vive más de un tercio de la población mexicana, (y en particular la pobreza urbana) como a combatir –y sobre todo prevenir- los hechos delictivos, principalmente aquellos asociados al narcotráfico.

A su vez, estas políticas públicas deben encaminarse a reconocer los derechos de los adolescentes, consolidar los espacios sociales destinados a los jóvenes –familia, escuela, actividades deportivas y culturales-, y promover una cultura de paz, pues sin dudas estos constituyen aspectos claves para lograr reducir futuros comportamientos violentos de los jóvenes.